



CON RITMO DE BACH

ANTHON OBESO

Una noche, a finales de abril

Suena la llamada del teléfono y la voz timbrada de la telefonista me anuncia conferencia desde Génova. Espero un momento a que surja la voz de José, pues sólo él puede ser quien me llame desde esta ciudad italiana. El increíble José. Casi veinte años ausente de Rentería, solamente apareciendo por el pueblo en escasas, cortas y esporádicas visitas. Mejor podría decirse «de paso». Su juventud y deseos de superación le llevaron un día a abrirse su camino por otros lugares y, como tantos otros, primero es Francia y luego son otros países a los que, por imperativos de su profesión, se vierte. De Europa tiene que trasladarse al norte de África, luego otra vez a Europa, más tarde a Estados Unidos, viaja de continuo por Suramérica, otra vez a África, y ahora de nuevo por Europa, concretamente Italia, Génova, aunque deslizándose a menudo a cualquier punto geográfico.

—Alló!—llama desde otros mundos.

—Sí, Pepe, ¿qué hay?

—Hei, Antxon! ¿Cómo te va?

Y su voz se me antoja risueña y también me doy cuenta, casi inmediatamente, que la conferencia no tiene otra intención que la de concetar con el *txoko*, la de oír una voz amiga, una voz de siempre, y me confirma su pregunta plena de nostalgias.

—¿Y qué pasa por Rentería, Antxon? Cuéntame cosas, cuéntame cosas.

El increíble José quiere saber cosas del *txoko* y no es la primera vez que, con este mismo propósito, su llamada ha surgido desde Italia y, más de una vez, desde Estados Unidos también. Y es completamente lógico que un renteriano de tan profundos sentires me pregunte de rebote.



— ¿Y que es de «OARSO», de la revista?

— Pues no sé todavía. No tengo ninguna noticia.

— Pero saldrá, ¿no?

— Espero que sí—le digo. Pero, ¿por qué me lo preguntas?

— ¿Que por qué te lo pregunto, que por qué te lo pregunto? No te puedes imaginar, Antxon, con qué ilusión la recibo. Es algo que, llegando ya el verano, lo espero con verdadera impaciencia.

Un atardecer, a mediados de mayo

El pequeño túnel del antiguo callejón de Morronguilleta ha desaparecido. El túnel estaba exactamente delante de mi casa y me caía la mar de simpático. El Topo, que pasaba por encima del túnel, ya no circula y es por ello que, aprovechando los trabajos que están realizando para una nueva puesta en marcha de este curioso tranvía, es por ello, digo, que el Ayuntamiento ha aprovechado para derribar el tunelcillo y hacer más amplio el paso para una mayor fluidez del tráfico por este lugar.

La verdad es que yo tenía intención de sacar una fotografía antes de que desapareciera, pero su derribo me sorprendió un día, a la vuelta de mi jornada de trabajo, sin llevar a cabo mi intención. Cuando comenté esto con mi amigo Boni Otegui, me fulminó con la mirada. Lógicamente, esta despreocupación mía por retener, aunque no sea más que en imagen, un *txoko* del pueblo que desaparece no podía más que causar indignación en un hombre que, como Boni, ama entrañablemente el pueblo y todo lo que al pueblo se refiere. No obstante, pienso que este reducto final del pintoresco callejón Morronguilleta, que era el túnel, estará fotografiado por alguien y que tarde o temprano surgirá para ilustrar la historia de Rentería con la curiosa presencia gráfica de sus más característicos rincones y, también, para satisfacción del amigo Boni.

Pero el túnel era realmente estrecho. La verdad es que sólo fue construido para el paso de peatones, pues, además, por aquel angosto, apretado y escurrido callejón de Morronguilleta era imposible el paso de cualquier vehículo. Uno se imagina que el callejón fue construido para acelerar la marcha del trabajador a la fábrica. O los mismos trabajadores en sus diarias andaduras, escurriéndose por los huecos entre casas para acortar el camino, fueron dando forma al atajo hasta convertirlo en un callejón que casi llegó a tener su leyenda. Cuando el callejón se transformó en calle amplia y de intensa circulación, el túnel continuaba allí como una reliquia, como algo que se presiente que va a desaparecer.

Y desapareció. Desapareció como van desapareciendo en los pueblos los pequeños rincones por imperativos del crecimiento del tránsito rodado. Por el pequeño túnel pasaban con dificultad los Seat, los Renault, y demás, no sin además rozarse a veces con sus paredes. Y no podía ser. Ahora son ellos los que imponen la ley. Hasta es posible que se hubiera pensado en convertir en pista asfaltada lo que fuera vía del Topo. De todas formas el Topo también va a sufrir transformación. Las autopistas, las novísimas vías de transporte

han cambiado el concepto de tal forma que vehículos como el Topo se estaban quedando aceleradamente en la historia. Y uno se preocupa. Se preocupa, pues al principio se pensaba que el paso programado del vetusto tranvía por encima del túnel de Morronguilleta, frente a la casa donde se vive, tenía que ser molesto. Pero luego resultó que el traqueteo era de lo más encantador. Y ya podía ser la hora que fuera, de noche o de día, que la cadencia de su marcha se escuchaba hasta con cierta fruición. Y no podía menos que recordar lo que hace ya muchos años me dijera Clemens Jacobowski, un amigo que, aunque la etimología del apellido pudiera parecer que fuera checoslovaco, la verdad es que era alemán. Y menciono su nacionalidad por lo que de curioso pueda tener su declaración. Clemens, en cierta ocasión, me dijo: «El traqueteo del Topo tiene el mismo ritmo que una composición de Bach que conozco». Y esta afirmación me la expresé, vuelvo a repetir, un alemán (conocida es su incondicional admiración por sus artistas y su mítica *Deutscheskultur*) que, además, había estudiado música. Y aquí expreso ahora mi preocupación. Si el pequeño túnel lo estamos convirtiendo en puente donde bajo su arco pasarán los coches a más velocidad, y por lo tanto con mayor ruido (y sin ritmo de Bach, desde luego), ¿qué tipo de tranvía circulará sobre el puente? ¿Serán los mismos vagones con su peculiar contoneo y, sobre todo, con su ritmo de Bach? Me temo que no.

Es probable que éste fuera el misterio del Topo. Porque no sé de nadie que aquel peculiar traqueteo, a su paso, le molestara. No sería de extrañar que ante nuevas formas de transporte, rápidas, más rápidas, veloces, y... estridentes, añoremos lo que de increíblemente armónico tenía aquel juguetón triquitraque del Topo.

El nombre continúa, aunque ya no el callejón, ahora es: Calle de Morronguilleta. Aunque no sé si al paso bajo a las vías del Topo se le vaya a llamar túnel, pues más es, desde luego, un puente. El túnel, el tunelcillo, ya no está.

Día de Santa María Magdalena

Apreciado José. «OARSO 76» ha salido. *Congratulations*. Como en años anteriores, lo volverás a recibir allí donde estés, en cualquier parte del mundo. Es como el apretón de manos, o como un saludo, o como un mágico puente entre el pueblo y todo renteriano ausente en estos días de particular festividad.

Y quiero contarte algo, quiero acceder a tu petición de «¿Y qué pasa por Rentería? Cuéntame cosas». No es mucho lo que te cuento. Lo sé. Es simplemente lo que sucedió un atardecer, a mediados de mayo. Algo que se fue, una nostalgia más que todo atardecer aporta. Algo que partió a la historia con... su ritmo.

N. de la R.: Las exigencias de estos tiempos, han hecho necesaria la desaparición del túnel de Morronguilleta. Su demolición, una vez decretada, ha sido rapidísima. Pero OARSO, gracias a sus colaboradores espontáneos, a esos errenderiaras a los que su pueblo les gusta y que gustan de conservar todo aquello que un día fue y hoy ha dejado de ser, puede ilustrar el trabajo de nuestro errikoxeme Antton Óbeso. Y no sólo con la foto del túnel que se acaban de «cargar» esas máquinas de tirarlo todo, sino también con la del otro túnel con el que, hace no sé ya cuántos años, formaba la otra entrada al callejón de Morronguilleta.